

Geopolítica de la ocupación territorial de la nación en Colombia

Recibido para evaluación: 26 de Octubre de 2006

Aceptación: 13 de Diciembre de 2006

Recibido versión final: 19 de Diciembre de 2006

Margarita Serje¹

Artículo de reflexión fundamentado en un proceso de investigación publicado en "El Revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie" y premio Angel Escobar, 2006.

RESUMEN

Este artículo se centra en la política de "reconquista del territorio" que se adelanta actualmente en Colombia, una intervención que se inscribe dentro de los parámetros de las dos guerras globales más importantes de nuestro tiempo: las de las drogas y el terrorismo. Esta iniciativa fue diseñada para pacificar e incorporar a la economía global una serie de zonas en la región Andes-Amazonas, que se conciben como explosivas por estar infestadas por droga y terrorismo. A partir del análisis de las prácticas que esta política conlleva, este artículo propone una reflexión sobre el Estado en Colombia y en general como institución colonial- moderna. Para ello se aproxima al Estado con una perspectiva etnográfica en la medida en que éste se entiende aquí, no como un conjunto virtual de instituciones abstractas, sino como las visiones, intereses y prácticas de grupos particulares. Se explora en particular la relación que existe entre la imaginación geopolítica de los grupos que han encarnado el Estado en Colombia, con la sangrienta historia de la ocupación y pacificación del territorio nacional.

PALABRAS CLAVE: Territorio, Estado, geopolítica, economía global, Colombia.

ABSTRACT

This article focuses on the policy for "territorial re-conquest" whose implementation the current Colombian government has undertaken. This intervention scheme is inscribed within the parameters of the two main global wars of our time: the war on drugs and the war on terror. This initiative was designed to pacify and to incorporate to the global economy a series of areas in the Andes- Amazon conceived of as explosive and infested with drugs and terrorists. Through the analysis of the practices this policy entails, the article proposes a reflection on the State: both in Colombia and as modern- colonial institution. It approaches the State from an ethnographic perspective: not as a totalizing set of abstract institutions, but as the visions, interests, and practices of particular groups. It explores in particular the relationship between the geopolitical imagination of the groups that have embodied the State in Colombia and the bloody history of the occupation and pacification of its National territory.

KEYWORDS: Territory, State, geopolitics, global economy, Colombia.

*1. Arquitecta, Universidad de los Andes. Dra. en Antropología social, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris. Profesora, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá
mserje@uniandes.edu.co*

1. INTRODUCCIÓN

La idea de la existencia de 'Otra Colombia' está en la base de la política de reconquista del territorio que adelanta actualmente el Estado colombiano. Esta política se basa en un tipo de análisis que expresó de manera sintética el ex-vicepresidente de la República y reconocido académico Gustavo Bell cuando, a raíz de una masacre en una de estas zonas apartadas y selváticas, afirmó que "Colombia tiene más geografía que Estado". Señalaba también que "con más de un millón de kilómetros cuadrados, Colombia tiene extensos territorios de bosques, selvas y montañas que forman áreas claramente definidas de influencia de narcotraficantes o grupos armados, donde según las autoridades locales la presencia del Estado es prácticamente inexistente". Ello era particularmente cierto en la zona donde acababa de ocurrir aquella masacre, el Atrato Medio, "por ser un corredor estratégico para el tráfico de armas y drogas". Bell propuso que "tendríamos que tener un ejército de un millón de hombres para hacerle frente a esta degradación", pues "la fuerza pública resulta insuficiente"¹. Tanto el análisis del vicepresidente Bell como su propuesta, que se asume en Colombia en este momento como la única posible, parten de la certeza de que la "falta de gobernabilidad" del país aparece relacionada con el hecho de que Colombia, además de que "es un país muy fragmentado geográficamente, con una población muy dispersa, no ha conquistado su frontera territorial"².

La tarea de recuperación de la frontera territorial, que se concreta en una política de ocupación militar del territorio, ha sido entendida como una "dura y cruenta reconquista", como una "gloriosa gesta libertadora"³. Esta reconquista busca integrar las zonas de "periferia marginal", aquellas áreas de la geografía nacional caracterizadas por la multiplicidad de actividades ilícitas que allí se llevan a cabo y sobre todo, por estar "fuera del control del Estado". Para incorporarlas y redimirlas, actualmente se está poniendo en marcha una política de control territorial que parte de la premisa de que la ocupación militar del territorio va a permitir garantizar mayor presencia de las instituciones y mayor provisión de bienes y servicios, para llegar así a "desarrollar y explotar" esta enorme franja del territorio "aún cubierto de bosques y, por lo tanto, deshabitado"⁴. Se insiste en desconocer, no solo que las zonas "selváticas" están y han estado históricamente habitadas por pueblos indígenas y cimarrones, sino también que estos bosques constituyen el paisaje social que estos grupos producen⁵.

La "reconquista del territorio", entendida hoy como parte de la "lucha frontal contra la droga y el terrorismo", ha exacerbado las líneas fronterizas que históricamente han cercenado la geografía interna del país. Ha transformado los centros urbanos en ciudades cercadas donde la vida transcurre de manera perversamente normal al ritmo de los centros comerciales y la TV por cable, cada vez más aisladas de los cientos de campos minados y trincheras militares que marcan la vida cotidiana de los habitantes de las 'periferias'. Si bien Colombia vive desde hace más de cuarenta años bajo un estado de excepción, en las "zonas de periferia marginal" se ha vivido ininterrumpidamente desde la Ocupación española una situación que puede ser considerada como una guerra de conquista permanente. Desde entonces estas regiones se han concebido y manejado como Teatro de Operaciones militares y sus habitantes han sido tratados como botín de guerra.

Este conjunto de territorios⁶ ha sido históricamente el mismo. Fueron considerados como "confines del Virreinato" durante la ocupación colonial. Eran entonces frentes de resistencia para la administración colonial, por parte de indígenas "salvajes" en pie de guerra, por cimarrones y por colonos pobres, marginados de la sociedad colonial. Estos grupos de *arrochelados* y *libres de todos los colores* que vivían "sin Dios ni Ley", fueron considerados entonces como "enemigos internos" del régimen (Colmenares 1989, vol.1:144-145). Durante los primeros tiempos de la república estas regiones pasaron a ser concebidas como *baldíos* de la nación, como vastas extensiones de selvas incultas, como *desiertos verdes* y sus habitantes como salvajes. A finales del siglo XIX fueron declarados *Territorios Nacionales* —una curiosa denominación para los menos nacionales de los territorios. Este era un tipo particular de instancia administrativa establecida con base en la certeza de que estas regiones no tenían la capacidad de gobernarse a sí mismas, dado el atraso y el carácter primitivo de sus poblaciones. Hasta comienzos de la década de 1990, cuando fueron reconocidos como Departamentos, dependieron de las decisiones del gobierno central para el que siempre representaron un obstáculo frente a la expansión del progreso y la civilización. Tal vez por ello, a lo largo del siglo XX fueron concebidos como *fronteras* agrícolas y

1 Citado en "Bojayá desnuda el drama de una guerra territorial sin Estado", AFP, 10-05-02.

2 En palabras de Santiago Montenegro, Director del Departamento Nacional de Planeación DNP del primer periodo del presidente Uribe. Seminario Internacional "Hacia una economía sostenible: conflicto y posconflicto en Colombia" 06-03-03, cf. http://www.dnp.gov.co/03_PROD/PRESEN/OP_DIR.HTM (consultada el 14 de junio de 2003).

3 Parafraseando a Luis Fernando Londoño, ex ministro de Justicia y del Interior del actual gobierno, en su columna en El Tiempo, 14-05-05.

4 También en palabras del ex director del DNP, Santiago Montenegro "Geografía y Modelo Político", *Lecturas Fin de Semana*, Diario El Tiempo, Bogotá 24-06-06.

5 Así lo documenta un enorme cuerpo de investigación en etnografía y la arqueología, por ej.: Van der Hammen, 1992, *Descola* 1986, Rival, 1998, *Correa*, sf.

6 Entre estas regiones se pueden contar la Alta Guajira, la Sierra Nevada de Santa Marta, la Serranía de Perijá, el Catatumbo, el valle medio del río Magdalena, la Serranía de San Lucas, el Alto Sinú y San Jorge, el Darién, el litoral Pacífico, el piedemonte oriental y la mayor parte de la Amazonía y la Orinoquía. Más de la mitad del territorio nacional.

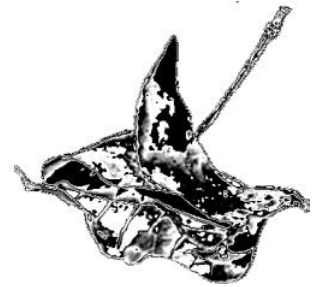
de colonización. Este conjunto de denominaciones con el que se han conceptualizado revela el carácter inherentemente ajeno y violento que se les atribuye.

Estas regiones, alejadas de “las caudalosas corrientes por donde se desenvuelven la economía y la cultura” (Páez, 1956: 23-24), han sido históricamente representadas a través del mismo conjunto de imágenes. De una parte se han visto como la promesa de grandes riquezas y oportunidades. Por otra, representan riesgo y peligro. Se imaginan cargadas de recursos naturales y minerales, aunque pobladas por peligrosos grupos primitivos y de amenazantes rebeldes. Constituyen un objeto de deseo –por la exhuberancia de sus paisajes exóticos- y de desprecio debido a sus climas húmedos y malsanos, llenos de fiebres, enfermedades, plagas, insectos y serpientes. Hoy al tiempo en que aparecen como polos estratégicos para el desarrollo –por su riqueza en agua, biodiversidad y recursos minerales- se ven también como una amenaza para la estabilidad de la nación por la violencia y el desorden aparentemente constitutivos de estas tierras de nadie controladas por guerrillas, paramilitares y narcotraficantes. Sus paisajes encarnan la representación dual del salvaje en la historia de Occidente: noble y bruto, sagrado y profano.

En el sentido común estas regiones aparecen por fuera del ámbito de la civilización y del control del Estado. Marcadas por el sino de la alteridad, se conciben como la “otra Colombia”: aquella enorme porción del país que representa un problema por ser ajena a la Libertad y el Orden de la Nación. Tanto en los medios de comunicación como en la academia, se caracterizan por una supuesta “ausencia del Estado”, que se vislumbra como “causa” de muchos problemas nacionales como la pobreza, el subdesarrollo, las economías ilícitas y, sobre todo, la violencia: “en las regiones geográficamente marginalizadas el Estado ha sido prácticamente inexistente. [Allí] la violencia se convirtió en la forma de resolver los conflictos” (Obregón y Stavropoulou, 1998:403). A partir de esta certeza, el Fondo para la Paz incluye a Colombia en su lista de “Estados fallidos”, donde aparecen los Estados considerados como los más precarios del mundo debido a que son altamente “vulnerables al conflicto armado y a la disfuncionalidad societal”. El rasgo central que los define como “Estados fallidos” es justamente el no tener un control efectivo sobre el territorio⁷. De hecho en Colombia la “ausencia del Estado” ha sido considerada como una de las características centrales de su organización política: “El Estado se desarrolló teniendo poco control sobre vastas áreas de su territorio nacional. En su ausencia los poderes locales, generalmente vinculados a la actividad económica dominante en las regiones, sustituyeron su propia autoridad e implementaron formas propias de justicia privada” (Chernick, 2003:137).

Lo que parece no tenerse en cuenta en esta discusión es la relación que estos “grupos locales” tienen con el Estado. De hecho, el Estado lejos de estar conformado por un conjunto totalizador de instituciones abstractas, está constituido por las visiones, las prácticas y los intereses de aquellos grupos particulares. Son éstos quienes tienen acceso a “ser” el Estado, a decidir y hablar en su nombre y a determinar su proyecto. En la medida en que controlan su estructura y su aparato, definen sus prioridades y sus políticas y, ante todo, determinan las formas legítimas de leer y comprender la realidad. Su visión constituye la visión oficial. Por consiguiente, los “grupos locales dominantes” son, de facto, el Estado⁸. En Colombia el Estado ha estado personificado históricamente por los grupos descendientes de los criollos –es decir las elites letradas, modernas, urbanas y preferiblemente andinas (Serje, 2005). Su imaginación encarna todo aquello que debe ser la nación y define lo que constituye su antónimo, la no-nación que debe ser sometida.

Tras la noción de la “ausencia del Estado” es posible, sin embargo, vislumbrar una línea coherente y continua de intervenciones puesta en marcha tanto por las elites-Estado nacionales como por las locales, orientadas a domar estos territorios bravíos para construir la nación. A lo largo de la historia estas tierras de nadie han sido mantenidas como verdaderas zonas de tolerancia donde todo es posible, donde la frontera entre lo legal y lo ilegal deja precisamente de existir. Se hacen allí posible toda clase de prácticas, no únicamente las relacionadas con las actividades marginales o criminales como el contrabando o el tráfico de drogas, sino también aquellas relacionadas con las formas más abusivas de explotación: la extracción masiva de excedentes y los modos más brutales de sometimiento. Las elites-Estado además de hacerse la vista gorda y convertirse en beneficiarios pasivos, en muchos casos han orquestado y regulado este conjunto de actividades y prácticas. La noción de la “ausencia del Estado” ha funcionado como una cortina de humo que ha hecho posible este complejo y equívoco traslape entre lo legal



7. “one in which the government does not have effective control of its territory, is not perceived as legitimate by a significant portion of its population, does not provide domestic security or basic public services to its citizens, and lacks a monopoly on the use of force. A failing state may experience active violence or simply be vulnerable to violence”. <http://www.fundforpeace.org/fsi/fsindex.php> (consultada el 23-06-06).

8. *Las prácticas clientelistas parecen ser un correlato de la democracia, mas que un fenómeno marginal. De hecho, se habla de “La Familiocracia Colombiana”, (cf. Daniel Samper en El Tiempo, 23-02-05). Así como las elites locales (que se sostienen en muchos casos con ejércitos privados), los grupos armados ilegales actúan y son percibidos por las poblaciones como Estado, pues controlan las instituciones, los recursos y las decisiones de Estado en diferentes niveles.*



y lo ilegal. Su función social ha sido la de opacar las intervenciones intrusivas y el abuso al que han sido sometidos estas poblaciones y sus paisajes. En efecto, estas regiones han sido escenario desde muy temprano después de la conquista, de diversas formas de esclavitud a la que se vieron sujetos no solamente las poblaciones desarraigadas del África, sino numerosas poblaciones indígenas, que fueron objeto de una explotación extractiva y convertidos en mercancía -tratados como cualquier otro "recurso natural". La esclavitud sigue existiendo tanto en forma directa como bajo los sistemas de *endeude, obligación o enganche*, basados en el trabajo que se realiza como pago de una deuda cuyos términos establece el prestamista, que crece indefinidamente, es hereditaria e involucra a toda la familia o grupo social y nunca se acaba de pagar.

Si bien la imagen idealizada de la actual globalización nos presenta el relato de una organización económica desterritorializada, hoy, como durante los últimos cinco siglos, se trata de consolidar un proceso de ocupación territorial para ordenar y controlar. Sin duda, el control de recursos vitales como el petróleo, la biodiversidad⁹, el agua e incluso en oxígeno –los nuevos "oros"– dependen del control territorial. Ello es claro en Colombia en las alarmantes estadísticas que muestran los indicadores de tenencia de la tierra en el país: tan solo 15.273 personas son dueñas del 61.2 por ciento del área predial rural registrada en Colombia¹⁰. Este panorama de concentración de la tierra seguramente no se distancia mucho de la que pudo haber en el siglo XVIII.

En la política nacional de "conquista territorial" que se está poniendo en marcha hoy en Colombia, se trata de dar continuidad al proyecto de construir geográficamente la nación, entendido este proyecto como un proceso de pacificar territorios para poder explotarlos. *Pacify for business*, como lo ponía el general Butler en su campaña para abrir el territorio mexicano a la explotación petrolera (cf. Achbar, Abott y Bakan, 2003)

La anexión de territorios para instaurar en ellos un cierto tipo de orden por medio de 'avanzadas del progreso' acompañadas por milicias, ejércitos privados, mercenarios y grupos armados en general no es novedosa. Desde las épocas de la ocupación colonial en América, la empresa de "abrir" sus territorios a la apropiación y la explotación comercial metropolitana ha estado acompañada de hombres armados. Las zonas que mayor resistencia presentaban a la penetración de la empresa colonizadora y que requerían por lo tanto mayores recursos de guerra para ser "pacificadas" fueron cedidas en concesión a empresarios que tuvieron la capacidad de financiar privadamente la empresa militar necesaria, mediante intervenciones de mercenarios contratados por compañías comerciales (Polo Acuña, 2005; Serje, 2005; Vega y Aguilera, 1995; Ramos, 1999; Colmenares, 1989). Sus rendimientos y ganancias se basaron en el trabajo forzado de los indígenas y africanos. De esta forma, la expansión de la 'frontera agrícola' y de las economías extractivas ha estado históricamente acompañada por diversas formas de esclavización sostenidas por un sistema de capataces armados con perros y látigos, acompañados por verdaderos ejércitos privados, encargados de llevar a cabo las atrocidades necesarias para la sujeción de estos grupos. Solo así se ha podido transformar sus modos de vida basados en formas de mercado y de subsistencia ajenas a la lógica de las formas modernas de producción, donde el trabajo humano se considera un 'costo' que debe ser reducido al mínimo posible. De esta forma, la violencia que históricamente se ha vivido en estas regiones es la que resulta de la expansión de la frontera del modo de producción moderno.

La condición de posibilidad de este proceso de expoliación de los recursos naturales¹¹ y de esclavización de las poblaciones ha sido una situación de terror perpetuada en una historia casi ininterrumpida de atrocidades. Este ímpetu devorador que se vive en las zonas de expansión del frente colonizador, se esconde tras el alto nivel de violencia que se vive en el país desde hace 40 años. En las últimas décadas se ha vivido un nuevo auge. En las zonas de "frontera agrícola" están saliendo a la superficie los más espantosos eventos de la historia oculta de las avanzadas del progreso.

El desplazamiento forzado de poblaciones ha sido una práctica permanente y sistemática en las políticas de expansión del modo de producción moderno y de su economía de mercado. Constituye apenas una de las 'externalidades' del proceso de 'apertura de fronteras' del mundo colonial-moderno. El primer desplazamiento masivo fue el de las poblaciones amerindias a la llegada de los Europeos, que se vieron desplazadas de sus centros urbanos y de sus tierras

9. Colombia es uno de los siete países megadiversos del planeta. Es el país de mayor densidad de biodiversidad por unidad de superficie en el mundo. Evidentemente, se considera que se debe "usar de manera productiva la biodiversidad (...) entenderla como un capital natural para ponerla al servicio del desarrollo" mediante "actividades de recolección y/o producción, procesamiento y comercialización de bienes y servicios derivados de la biodiversidad local" dado que "las cifras de comercio internacional de productos relacionados con la biodiversidad crecen de manera permanente". J. P. Ruiz, especialista de manejo de recursos naturales del Banco Mundial en Colombia. "Observatorio de Biocomercio", El Espectador, Bogotá. 25-06-06.

10. "Mucha Tierra, Pocos Dueños". Revista Semana, Bogotá. Marzo, 2004.

11. Aunque la historia del aprovechamiento de los enormes recursos naturales del país se ha presentado como una cruzada para racionalizar su uso a través de su tecnificación (González 2001), el balance del estado de los recursos naturales muestra un empobrecimiento creciente paralelo al avance de esta tecnificación (Márquez, 2001). De hecho las zonas donde se mantienen altos niveles de biodiversidad son aquellas que se han escapado a la modernización: las selvas que hoy se trata de conquistar.

productivas para ser confinados en haciendas y reducciones. Los grupos que resistieron o que de alguna manera resultaban incómodos para el orden colonial se asentaron en zonas de refugio donde consolidaron nuevas formas de poblamiento como los *palenques* y las *rochelas*. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se produce una notable recuperación demográfica y un masivo mestizaje de la población, buena parte de la población vinculada al poblamiento hispánico es también “expulsada por las tensiones inherentes a la estructura agraria colonial hacia los *territorios vacíos* de la tierra caliente” (González, 1994:14-15). Estos eran por supuesto territorios indígenas que después de haber visto su población notablemente disminuida a raíz de la conquista, también habían vivido un proceso de recuperación demográfica. Se da entonces un doble proceso de desplazamiento: el de la población expulsada de las zonas andinas y el de la población indígena, a su vez desplazada por los desterrados. Sin embargo, “la frontera funcionó como una válvula de seguridad para descargar las tensiones que existían en el campo (...) Arrendatarios y aparceros descontentos no tenían porque enfrentarse directamente a los hacendados sino que siempre podían migrar a fronteras con tierras gratis disponibles” (Legrand 1988: 17).

La experiencia de ‘apertura de la frontera’ ha tenido como protagonista la que Hannah Arendt ha llamado *población superflua*: “que no se puede considerar que estuviese precisamente en el exterior de la sociedad, sino que claramente era su efecto colateral: un inevitable residuo del sistema capitalista, era incluso representante de una economía que producía sin cesar una superabundancia de hombres” (Arendt, 1981: 117). En este caso, un residuo de la sociedad colonial basada en una economía latifundista. Este segundo gran movimiento de desplazamiento se da entonces del centro hacia la periferia: de la zona andina, urbana, integrada a los circuitos del mercado moderno, hacia las regiones que se conocen como ‘fronteras agrícolas o de colonización’. Se trata de un proceso de desplazamiento y colonización continua que en el siglo XX se intensifica y se da en varias oleadas. La primera de ellas –a comienzos del siglo- está asociada a la ‘guerra de los mil días’ y a la implantación de las primeras grandes empresas agroindustriales (como la de banano en la región de Santa Marta), la expansión de la explotación de maderas (como en la costa pacífica y el Chocó) y de otros recursos, como petróleo (La Motilonia o el Magdalena Medio). Una segunda gran ola se da durante la sangrienta década conocida en la historia de Colombia como ‘La Violencia’ a mediados del siglo; y la tercera, tiene lugar entre los años 70 y comienzos de los 80 con la introducción, auge y bonanza de los cultivos destinados a la economía de drogas ilícitas: marihuana, coca, amapola. La violencia que trajo consigo la implantación de estos cultivos y la “guerra frontal contra la droga” revierten la dirección del desplazamiento. Éste se da ahora de las periferias hacia el centro. A lo largo del siglo XX se consume entonces un proceso continuo de desplazamiento, con un triple movimiento: los mismos campesinos que en calidad de *colonos* poblaron a golpe de machete las selvas, ‘corriendo’ a sus habitantes históricos –las sociedades indígenas y afro-descendientes.¹²- son ahora nuevamente desplazados primero por la economía de la droga y enseguida por las avanzadas del progreso –la expansión de megaproyectos de agroindustria y de extracción y explotación de recursos naturales. En muchas regiones en el transcurso de escasas dos generaciones las familias se han visto desplazadas dos veces: de la región andina central a las ‘fronteras’ y ahora de allí a los centros urbanos. Muchos de los desplazados que están viniendo hoy a las ciudades, de niños llegaron caminando con sus padres a abrir monte en la Macarena, el Urabá, la Sierra Nevada, Arauca o Putumayo.

El proceso de desplazamiento ha ido de la mano con el despojo de bienes¹³. Ha escalado paralelamente con la concentración de la propiedad de la tierra, pues en Colombia se desplaza para expropiar: se calcula que se han usurpado millones de hectáreas que estaban en manos de los campesinos¹⁴. El desplazamiento forzado está de hecho “abriendo estas regiones de enormes riquezas naturales” a la expansión de la economía moderna: a la agroindustria de palma africana, chontaduro, caña, entre otros¹⁵. El desarrollo del ecoturismo es particularmente diciente. Estas regiones selváticas comienzan a ser conocidas por los colombianos urbanos gracias al auge de programas de pesca deportiva, de *canopy* y *rafting* en los ríos de la selva, excursiones de aventura y alojamiento en hoteles exóticos, la gran mayoría de las veces “protegidos” por ejércitos privados y grupos paramilitares. De hecho, a través del uso sistemático de la violencia, del paramilitarismo y del narcotráfico, se ha consolidado, como lo pone un editorial del diario *El Tiempo*, “un ‘portafolio’ de inversiones sangrientas, que va mucho más allá de su originario interés en tierras y ganados y cubre una amplia geografía”

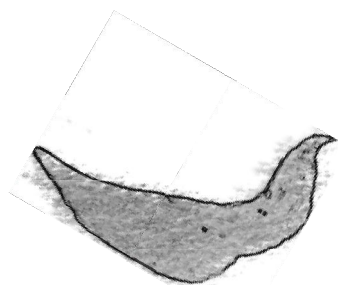
12. La situación de desplazamiento y usurpación de los territorios indígenas se vio frenada en parte por una política de ampliación y creación de resguardos que se da como respuesta a la creciente importancia de los indígenas como actores políticos y al surgimiento de un sector indigenista en la administración del Estado. A mediados de los noventa, después de que se suscribe la ‘nueva’ constitución en 1992 donde Colombia se reconoce ya no como una hispana, sino como una nación ‘pluriétnica y multicultural’ se promulga la Ley 70 que reconoce los territorios afrocolombianos que sigue los lineamientos de la política de resguardos indígenas.

13. De acuerdo con el estudio realizado por la Universidad de los Andes, “Hacia una política proactiva para la población desplazada”, se calcula que la pérdida de activos de los hogares desplazados, sin considerar la pérdida de tierras, asciende a 5.3 billones de pesos. “Los costos del desplazamiento en Colombia”. Nota Uniandina, No 19, Agosto 2006;

*14. Según el Instituto Colombiano para el Desarrollo Territorial – INCODER son 4 millones de has., la Contraloría General de la Nación afirma que son 2,6 millones, y según una consultoría contratada por Acción Social de la Presidencia de la República serían 6,8 millones de hectáreas. De acuerdo con el estudio citado de la Universidad de los Andes, los hogares desplazados han dejado atrás un poco más de 4 millones de has. (cifra extrapolada) que corresponde a 6.7 veces las tierras entregadas para Reforma Agraria entre 1993 y 2000; ver también “Despojo a desplazados supera el billón de pesos”, *El Tiempo*, 05-05-06 y “Desplazados habrían perdido en a guerra 6.8 millones de hectáreas” *El Tiempo*, 16-06-06.*

15. Para el caso del Pacífico ver por ej. Escobar; 2003.

La noción de la “ausencia del Estado” responde a la lógica de uno de los principios centrales del régimen de representación colonial-moderno: el de la *negación sarcástica*. Significativamente, no existe en el lenguaje corriente un vocablo que exprese la lógica de esta forma de dar cuenta de la realidad, constituye uno de esos “silencios del lenguaje” descritos por Lacan. Este principio ha sido, sin embargo, bien descrito por George Orwell en 1984. Lo pone en evidencia con el lenguaje del Estado totalitario del *Big Brother*, que llamaba “Ministerio de la Historia” al que tenía como finalidad la de borrar todas las historias, o “Ministerio del Amor” al encargado de mantener un estado permanente de temor y represión. Es el mismo principio que está detrás de la frase “*Arbeit macht frei*” (el trabajo os hará libres) que exhibían los campos de exterminio del tercer Reich; o el “Estado Libre del Congo”, nombre bajo el cual los paisajes y poblaciones de ese país fueron usurpados, esclavizados y explotados como propiedad privada de Leopoldo II de Bélgica. Estas descripciones que ponen en evidencia su funcionamiento en el marco de sistemas totalitarios, exponen al tiempo el sustrato autoritario de muchas de las prácticas consideradas normales en el mundo moderno.



Si se reconoce que la capacidad de control de las fuerzas armadas oficiales es el resultado de un proceso social, de una voluntad política, y no un atributo inherente al Estado, es interesante notar que en Colombia las elites-Estado han jugado históricamente con la conformación de milicias privadas que se escapan a todo control, que actúan paralelamente con la fuerza pública que teóricamente debe dar cuenta pública de sus actos y mantener, así sea formalmente, unos códigos de honor y plegarse a las exigencias del derecho de guerra. Quizá por ello en la definición del conflicto colombiano, que ha pasado de ser considerado como “conflicto armado interno”, para ser entendido ahora como “lucha frontal contra las drogas y el terrorismo”, se oculta consistentemente el hecho de que uno de sus ejes está en la continuidad que las elites-Estado han venido dando a la estrategia de “pacificación de territorios” desarrollada durante la ocupación colonial que se centra en la transformación de los paisajes históricos de grupos sociales -que se banalizan tras estereotipos simplistas- en “teatro de operaciones”, con la consecuente militarización de la vida cotidiana, la desarticulación social y política de las comunidades y la “periferización” de sus localidades.

Paradójicamente, todos los actores armados involucrados hoy en el conflicto territorial colombiano comparten –en el fondo- una misma visión geopolítica. A través de iniciativas similares de ‘reconquista territorial’, comparten la idea de que es necesario “incorporar” estos territorios al mundo moderno. De una u otra forma todos expresan que vienen con “las armas adelante y los tractores atrás”¹⁶. Con matices de izquierda o de derecha, todos parten de la necesidad de implantar el modo de producción moderno¹⁷, la racionalidad de sus formas de vida cotidiana y de relación con el entorno y su visión estética –y utópica- de espacios discretos y geometrizados. Para todos, los costos sociales y ambientales de esta gesta civilizadora constituyen en últimas meras ‘externalidades’. Estos efectos colaterales, que marcan la vida en estas regiones, ponen en evidencia el que las políticas y tácticas que esta imaginación geopolítica hacen posible, constituyen de hecho un dispositivo para el desangre de paisajes y la brutalización de poblaciones, a todas luces consideradas prescindibles.

La pregunta que queda abierta es hasta donde la geopolítica de la ocupación territorial en Colombia es expresión del régimen de apropiación de los recursos genéticos y minerales del planeta, que impone el “nuevo orden mundial”.

16. En palabras de Carlos Castaño legendario líder paramilitar: El presidente Uribe, por su parte ha expresado que detrás de la política de seguridad democrática vienen ‘los proyectos productivos’, y para las FARC la lucha militar es solo el primer paso para la verdadera democracia y el desarrollo.

17. Que se puede resumir en la certeza de que mediante la ciencia y tecnología + capital = instituciones y formas racionales de producción = mayor productividad = mayor crecimiento = bienestar + paz+ felicidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Achbar, M.; Abott, J. y Bakan, J., 2003. The Corporation, documental 140 min, Version DVD, Mongrel Media.
- Arendt, H., 1981. L'Imperialisme: les origines du totalitarisme. Paris: Fayard [1951]
- Chernick, M., 2003. Colombia: La injusticia causa violencia? Las políticas de la democracia, la guerra y el desplazamiento forzado, en Destierros y Desarraigos. Memorias del II seminario internacional Desplazamiento: implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humanos. Bogotá: Cohdes-OIM, pp.123 -158.

- Colmenares, G. (comp.), 1989. Relaciones e Informes de los Gobernantes de Nueva Granada. 2 vols. Bogotá: Banco Popular
- Escobar, A., 2003. Displacement, development and modernity in the Colombian Pacific. *International Social Science Journal* 55 (1): pp. 157-167.
- González, F. E., Poblamiento y Conflicto Social en la Historia de Colombia, en Territorios, Regiones, Sociedades, Renán Silva (ed.), Bogotá: Universidad del Valle-Cerec, pp. 13-33
- González, J. M., 2002. Una aproximación al estudio de la transformación ecológica del paisaje rural colombiano, en *Naturaleza en Disputa. Ensayos de Historia Ambiental de Colombia, 1850-1995*. G. Palacio (ed). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia –ICANH, pp.75-115.
- Legrand, C., 1988. Colonización y Protesta Campesina en Colombia (1850-1950). Bogotá: Ediciones Universidad Nacional de Colombia.
- Márquez, G., 2001. De la abundancia a la escasez: La transformación de los ecosistemas en Colombia, en *Naturaleza en Disputa. Ensayos de Historia Ambiental de Colombia, 1850-1995*. G. Palacio (ed). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia –ICANH, pp.321-452.
- Obregón, L. y Stavropoulou, M., 1998. In Search of Hope: The Plight of Displaced Colombians, in *The Forsaken People: Case Studies of the Internally Displaced*, R. Cohen and F. Deng, Eds., Washington, DC: Brookings Institution Press.
- Paez, L. E., 1956. La Geografía Desconocida, en R. Gómez-Picón, R. El Sarare: Inquietud y Emoción, Problemas Colombianos. Bogotá : Editorial Iqueima, pp. 22-29.
- Polo, J. 2005 *Etnicidad, Conflicto Social y Cultura Fronteriza en la Guajira (1700-1850)*, Bogotá: Uniandes-MinCultura-Celikud, 2005.
- Ramos, A., 1999. *Los Caminos al Río Magdalena: La frontera del Carare-Opón*, Bogotá; Instituto Colombiano de Cultura Hispánica
- Serje, M., 2005. *El Revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Ediciones Uniandes-CESO.
- Vega R. y Aguilera, M., 1995. *Obreros, Colonos y Motilones: Una historia social de la Concesion Barco*. Bogotá: CISF-Fedepetrol

